

EL BAILE DE LA ABUELA MUERTA

ELINA MALAMUD



**ASTIER
LIBROS**

FICCIÓN ARGENTINA ●

EL BAILE DE LA ABUELA MUERTA

EL BAILE DE LA ABUELA MUERTA

ELINA MALAMUD

**ASTIER
LIBROS
FICCIÓN ARGENTINA**

Malamud, Elina

El baile de la abuela muerta / Elina Malamud. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Punto de Encuentro, 2021.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-4465-66-5

1. Narrativa Argentina. 2. Judaísmo. 3. Inmigración. I. Título.

CDD A863

@ Elina Malamud

@ Astier Libros

@ Punto de Encuentro S.A.

Coordinación editorial: Gabriel D. Lerman

Diseño: Laura Corti

Diagramación: Estudio Fournel

Fotografía de tapa: archivo familia Malamud

ISBN 978-987-4465-66-5

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Prohibida su reproducción total o parcial.

Derechos reservados.

Índice

El baile de la abuela muerta

Portadilla

Legales

CHECHERSK

La bábushka

Avram

Sulkie

Gaño

Motl

Malke

Berna y después

EL RÍO MAR

Bessarabia

Moishe

Aguamemoria

Yeña

El horizonte sobre el mar

Acreedores

A mis antepasados.

A mi hermana Ana, revolvedora de arcones.

A Héctor, también.

CHECHERSK

La bábushka

Quiero contar una historia que apenas conozco, pero que, paradójicamente, es la historia de mi historia. Es obvio que la escribo para que otros la conozcan, pero debo confesar que también la escribo para mí y no por un acto de autocomplacencia narcisista, sino porque sentarme frente a esta pantalla que me ausculta, que me mira con paciencia imperturbable, como si esperara a que me decida a empezar el relato, es una excusa, un subterfugio necesario para fisgonear entre las hilachas del pasado, para sospechar -o imaginarme- cómo fue, para rastrear las pisadas de mis antepasados en las comarcas de allá y de acá donde puede que todo haya sucedido, para buscar alguna explicación que me permita comprender por qué fue como fue.

No será fácil porque todos los que la vivieron ya se han muerto, los que la escucharon también se murieron de viejos y los que la oyeron de los que la habían oído son pocos y apenas tienen recuerdos desvaídos de lejanas resonancias melancólicas, de un tiempo que ya, ni ellos ni yo, tenemos constancia de que haya existido.

Cuando Yeña aún vivía, me sentaba frente a ella para mirarla y para preguntarle, para hurgar en sus arrugas profundas todo aquello que había vivido antes de que yo naciera. Yo sabía de las lenguas lejanas que apenas había compartido conmigo, de sus soledades de hija única y padres movedizos de racionalidades abrumadoras, que corrían tras un ideal de contornos científicos, arrastrándola en la conformidad de lo que le era dado.

Ievgueña, Yeña, Yéñushka, Eugenia me suenan como todos los nombres, apodos y apelativos cariñosos con que los judíos y los rusos de su historia la habrán llamado en su vida larga y tal vez dura, no lo sé muy bien; aunque sé que tuvo momentos de felicidad, claro que de esa felicidad

pesarosa y taciturna propia de muchas familias migrantes del Este de Europa y que yo heredé. Señorita Gurewitsch le dirían cuando estudiaba medicina en la Universidad de Buenos Aires. Fácil imaginar la lectura prejuiciosa de semejante apellido en ese lugar y en aquellos años. Después la llamaron doctora, señora, mami, mámushka, doña señora, la mamá de las nenas, mi cuñada, mi nuera, mi señora, abuela, hasta que la vida se le gastó; pero su frente, donde yo esperaba que se proyectaran todas las películas retrospectivas, las autobiografías que ella repasaba una y otra vez en el hueco secreto de su mente, a la vez cansada y aferrada a la vida, permanecía indiferente y opaca guardando sus recuerdos misteriosos o simplemente no dichos.

Sentada en mi silla, a los pies de la cama diván donde recostó su cuerpo baldado durante casi diez años, no sabía si la amaba o la odiaba. En realidad no sé por qué habría de odiarla. Era mi madre. Y aunque los tiempos de la transmodernidad, tan permisivos con las deudas de los sentimientos humanos, me liberan del mandato de quererla, no puedo dejar de ser comprensiva respecto de las supuestas certezas con las que su cientificismo positivista rigió su vida y mi crianza.

Ahora que el recuerdo redondo de su cara de luna llena me reclama el relato, quisiera saber si me daba pena ese rostro arrugado, ese cuerpecito esmirriado, agarrotado por las rigideces del Parkinson, flaco de puro viejo porque la vida que lo engordaba se le iba escurriendo. La carita se le contraía en un rictus leve y tembloroso y su cabeza, que hacía muchos años había empezado a mecerse con el ritmo constante de *peroveacómosonlascosas*, propio de su enfermedad, lucía una cabellera ondeada, prolija, nunca teñida, ni siquiera con la intención, por donde el peine resbalaba suave... diría risueñamente. Yo le acariciaba el pelo blanco y brillante atrapando los mechones de seda que deslizaba entre los dedos para sentir su tacto liso y muelle.

Me llenaban de la misma sensualidad que, cuando chica, buscaba en los vestidos de terciopelo, en los tapados de nutria o en los visones de mis tías y en el quillango de lanas ocres y amarillas, que abrigaba con calidez, tal vez la única categoría tocable del tálamo paterno.

Me miraba, a veces, para regocijarse en su creación y después echaba la vista hacia adelante, quizá desvariando, tal vez rebobinando esas constantes películas que yo no podía ver y que, a medida que pasaban los años, me relataba con mayor dificultad. Los labios finitos se le fruncían en un gesto plácido, que no traslucía las coyunturas doloridas por las contracciones de la enfermedad; apenas los decoraban unos pelitos erectos que desde quién sabe cuándo empezaron a perforarle la suavidad de la piel estriada, arriba del labio, y a pavonearse insolentes desde los lunares del mentón. Las mejillas, el contorno de las sienes y la frente se le plegaban en arrugas militantes de risas pasadas, de ansiedades antiguas, de pacientes atorados de pobreza para los que su título de médica solo podía aportar alivios restringidos en un hospital de azulejos verdes y eterno olor a comida; del amor constante por el hombre que la eligió, seguramente sabiendo que ella soñaba con ser la elegida; de la conciencia científica de su cuerpo cada vez más contrahecho; de su triunfo nihilista ante los desengaños de aquella Revolución que la llevó y la trajo del Este al Oeste y del entusiasmo a la desazón.

En medio de sus desvaríos se le inquietaban de pronto los ojos y buscaba por la habitación, en lo alto de las paredes, en las cortinas de las ventanas, en la puerta que enmarcaba un afuera de luz opaca, la presencia de su abuela muerta sin fecha conocida. La abuela muerta acudía a su llamado para escuchar las descargas de una culpa antigua que le perturbaba cualquier momento plácido que le ofreciera la vida. Se sentaba, la abuela, en un sillón de líneas simples y alargadas, muy estilo años sesenta, de funda floreada sobre

un fondo claro, que contrastaba con su silueta en sepia desleído, de blusa con algún volado, falda larga y dos pañuelos en la cabeza de judía bielorrusa, uno atado hacia atrás y el otro hacia adelante, bajo la barbilla.

En un principio mi hermana y yo creímos que, en un descuido de nuestra severidad para vigilar los tratamientos, el neurólogo psicoanalista que la atendía -con apellido de filósofo judío dedicado a la poética lingüística- había cumplido su amenaza de volver a suministrarle una droga para el Parkinson que recién estaba venciendo las pruebas experimentales y que, según las constancias académicas, no producía efectos secundarios importantes. Pero, un día, Yeña empezó a ver señores extraños que se descolgaban por las paredes o nos decía que se le inundaba la habitación porque una viejita salida de no sabía dónde regaba plantas que no existían y una noche preguntó por qué le habíamos puesto guantes blancos a Gastón, el perro dálmata que compartía su vejez y acostumbraba rascar la alfombra antes de acurrucarse al lado de su cama.

Fue entonces que empezamos a sospechar del tal remedio. Es cierto que el psicoanalista neurólogo ya nos había explicado que era una droga nueva, que no se le habían comprobado contraindicaciones importantes... que solamente se había observado, en algunos pocos pacientes mayores de setenta años, procesos como alucinatorios ... pero nada que tuviera que ver con mamá, nos dijo. Todo muy bajo control, si no fuera que al neurólogo psicoanalista, con apellido de filósofo judío dedicado a la poética lingüística, se le estaba pasando por alto que Yeña tenía más de ochenta.

Conversamos todos los pro y los contra de semejante remedio y decidimos excluirlo, revisando obsesivamente las recetas, consultando con el farmacéutico la posibilidad de que la medicina tuviera otros nombres, controlando el pastillero con las dosis cotidianas para constatar la identidad de cada píldora. El neurólogo estrella no se

ofendió para nada y esperó tranquilo el momento indicado para atacar nuevamente y discutir académicamente el concepto de calidad de vida.

Pero el caso de la abuela muerta, Lifschitz de apellido de soltera y Lifschitz de casada también, era diferente. Habíamos oído hablar de ella así que la recibíamos como parienta que era. Más aún, a mi hermana y a mí nos llenaba de excitación poder constatar que nos hubiera existido una bisabuela, al menos con dos apellidos y una vida que contar. El hecho de estar muerta hacía que no tuviera problemas con los husos horarios y estaba dispuesta a aparecerse cuando los pensamientos acuciosos de Yeña la convocaban.

Ahí se estaban las dos con los ojos neutros, dilucidando puntos enmarañados solo comprensibles para el pasado que tenían en común, el que habían compartido en las campiñas de Bielorrusia.

La abuela solo podía amasar recuerdos. Nosotras suponíamos que mamá, además, escudriñaría los caminos de la nada que, a su edad, ya avizoraba por delante, pero siempre con ese delicado *savoir faire* que le impedía poner a su abuela muerta en el compromiso de contarle cómo serían cuando le llegara la hora de caminarlos. Desde ese espacio detenido nos llegaba a veces un rumor, alguna frase suelta que se desgajaba de su hablar etéreo. La abuela parecía escuchar las explicaciones que Yeña emitía con las oraciones dificultosas de ese pensamiento que el Parkinson le iba ralentando y nosotras tratábamos de reconstruir el relato con las palabras perdidas que podíamos captar para acomodar los detalles de la historia que se estarían echando en cara.

Parece que ni a Yeña ni a su mamá ni a su papá, por ejemplo, nunca les había parecido bien que la abuela se cargara a costas el pasado que le habían dejado a su cuidado en Bielorrusia para subirse a uno de esos barcos que la abandonaron en la costa de Palestina. ¿Qué sabía ella de aquella tierra medio pantanosa medio desértica que los

ingleses les habían disputado a los turcos y habían tironeado con los franceses sin que a ninguno, de esa manga de imperios, les importara un rábano la relación anómala que tanto judío, obstinado con su tierra bíblica, tendría con la gente que, durante generaciones de miles de años, había imbricado su sangre, su sudor y el trajinar de su trabajo y de sus rezos para vivir su vida palestina sin la necesidad de una lógica bíblica que se lo explicara? parece que le espetaba mamá.

Nada bueno podía esperarse de los imperios. No había territorios vacíos para llenar con judíos socialistas o mesiánicos, ya se lo habían explicado los papás de Yeña y lo habían discutido allá en Chechersk de Bielorrusia cuando todavía se olía la humedad de las trincheras de la Gran Guerra y no se habían cerrado las heridas de la guerra civil de los bolcheviques; bien que aunque Yeña era bastante chica los había escuchado. Había que mejorar el mundo con socialismo –Yeña lo había mamado con el chuño de las enseñanzas y de la infancia azarosa que había recibido de su mamá y de su papá– y cada uno tenía que hacerlo en el país donde había nacido o donde estaba viviendo; si querían hablar ídish, pues hablando ídish, comiendo *matze*, abrevando en el Talmud, por qué no; pero esa idea de volver a un pasado de dos mil años atrás era dudosa, de un nacionalismo de fantasía, peligroso, impredecible, ¿para qué crear naciones nuevas cuando alumbraba un futuro en el que las masas trabajadoras acabarían con todas las fronteras? decía Yeña que decían su mamá y su papá. Y quién sabía de qué viviría ella allá, a esa edad. ¿Por qué mejor no había aceptado venirse a la Argentina para vivir con ellos y malcriar a Yeña? O se hubiera ido a Chicago para morir acompañada por sus otras hijas que habían migrado a Estados Unidos.

Que había recibido las cartas que la abuela le había mandado desde Palestina y los relatos de sus agobios, de sus soledades y de sus penurias, le explicaba Yeña, pero no

había encontrado cómo ayudarla. Que le había mandado dinero, cuando su cuñado, el hermano de su Moische, viajó a Israel hacía como cincuenta años, pero la dirección no estaba clara o quedaba lejos, en un lugar adonde el cuñado no tenía calculado ir o no se le dio la gana de llegar; el asunto es que se volvió sin cumplir la misión. Y Yeña se quedó con la desazón del sobre devuelto, lleno de dólares, sopesando los tiempos humanos que ya no le darían otra oportunidad para acudir a las necesidades de su abuela. La abuela muerta Lifschitz de Lifschitz atendía las explicaciones sin mover un músculo, flaca y apenas encorvada en el sillón de flores, con las arrugas profundas que le había marcado el sol de Galilea.

¿Qué tenía de malo Palestina? Si era nuestra tierra añorada -parece que se defendía la abuela muerta- ¿Por qué para ustedes había sido mejor la Argentina, que estaba tan lejos? Tu papá, él le metió esas ideas en la cabeza a mi nena linda, mi hijita querida, mi sheine méidele. Cómo cambió ese muchacho. En el jeder (1) era un chico brillante y estudioso, conocía el ídish, el hebreo, el arameo, interpretaba la Torá para atrás y para adelante. Pero era un mal encarado, un carácter del demonio, bah, un bolchevique, desde chiquito.

-Era la hipoglucemia -retrucaba Yeña para defender a su padre- le bajaban los niveles de azúcar y le daba el hambre incontrolable que le producía esa rabia.

Qué hipoglucemia ni qué ocho cuartos; un chico insoportable y revoltoso. Y cuando se fue a Gómel para entrar al Gimnasio terminó por olvidarse de que era judío.

-No, *bábushka*, no digas burradas. Es cierto que empezó a meterse en política en el Bund y en el Bund todos eran socialistas y no creían en dios, pero hablaban en ídish y no mezclaban la carne con la leche porque no sabían dejar de ser judíos.

Tan buen judío no sería -argumentaba la abuela muerta- Lástima que esperó tanto tiempo para nacer el presumido

de tu padre y ya no tuvo tiempo de conocer al tío Méndele ... Uh... el tío Méndele... tan viejo que fue toda su vida... Podrán haber dicho cualquier cosa de él, pero ese sí era un buen judío. Bueno habría sido que tu padre hubiera tenido oportunidad de aprender de él, pero en semejante familia que se crió...

El tío Méndele era un sabio, un justo, un *tzadik* -parece que murmuraba la abuela muerta, recostándose sobre las flores estampadas de su sillón- con todas las reverencias que merecían los significados ocultos y sacrosantos que encerraba la palabra. Se llamaba Méndele Lifschitz, era un Lifschitz entre tantísimos y no se diferenciaba mucho de todos los Lifschitz que lo precedieron y lo sucedieron en Chechersk, grabadas como tenían, en los genes, las amarguras y tribulaciones que les acarreaaba la milenaria tenacidad con la que se mantuvieron aferrados al pacto con su dios.

Cuando en Chechersk se enteraron, durante los años de Catalina II, de que ahora eran súbditos de los zares, ya hacía tiempo que, entre los ires y venires de su condición detestada, los Lifschitz habían encontrado una cierta tranquilidad en esa amplia zona al este y al sur del Báltico, cuya historia comparten Lituania, la Rusia Blanca y Polonia. Venían escapando o simplemente poniendo distancia de las pasiones y destemplanzas contra los judíos provocadas por las cruzadas, por los pruritos que los convertían en culpables tanto de las traiciones políticas como de los estragos inexorables de la peste, de las masacres padecidas a manos del cosaco Bogdan en el siglo XVII, de los recelos de los suecos cuando invadieron Polonia y de las sospechas de los polacos cuando se defendían de los suecos. Poco a poco, en las sucesivas repartijas que padeció Polonia en el siglo XVIII, entre Austria, Prusia y Rusia, esta última fue incorporando territorios hacia el oeste, llenos no sólo de

Lifschitz sino de unos cinco millones de judíos que a los zares, con algunas leves excepciones como la de Alejandro II, les olían torcido.

El tío Méndele era de aquellos judíos que buscaban la felicidad en medio de su pobreza, de la pobreza de todos, en una opción tal vez conformista y ante tanta trastada que les venía haciendo el mesías. El tal mesías los había dejado tirados a la buena de dios, un decir, y no había manera de que le diera la gana de cumplir la promesa de venir a presentarse entre los hombres. Y para mejor, tampoco sería tan fácil reconocerlo, en el caso de que viniera. Ya más de uno había quedado al descubierto como mentiroso usurpador. Hasta habrá habido algún buen judío que haya pensado, en algún momento inconfeso de una noche de insomnio, que capaz que ya se había presentado y, mal guiados por los ricachones entreguistas y los burócratas del templo, lo habían negado descaradamente. Qué judío se habría atrevido a manifestar heterodoxia semejante. Pero, claro, tampoco era cuestión de dejarse engañar por cualquier audaz patrañero en el ansia de ver satisfecha la espera. Ya algún día le daría la gana de bajar a revelar verdades, pero mientras tanto, había que vivir.

El tío Méndele nunca había pensado -o al menos no lo había dicho- que se tratara de una cuestión de conflicto de clases. No queda ninguna constancia de que le hubiera llegado hasta Chechersk el manifiesto comunista de 1848, de manera que jamás se le habría ocurrido semejante impropiedad bíblica, pero la realidad era que en los pueblos pequeños de la campaña -los *shtetlej* que ya no existen porque la Segunda Guerra los vació sin mortajas- en las callejuelas oscuras de las ciudades donde los artesanos se doblaban sobre sus quehaceres, sobre sus costuras, sus sierras y sus clavos y los taberneros la sobrellevaban, la desesperanza nublaba las ganas de vivir del pobrería. Desde que la emperatriz Catalina se había hecho cargo de todas las Rusias, los zares hacían y deshacían legislando sobre la

vida de los judíos -como sobre la de todos- con decisiones arbitrarias, cuando no contradictorias. Los más pobres y menos letrados se miraban azorados ante cada novedad brotada del gobierno y se preguntaban, unos a otros, en el mayor desconcierto ¿y esto será bueno o malo para los judíos?

En el mientrastanto, muchos hambrientos estudiosos de los testamentos antiguos y del Talmud miraron a su alrededor buscando la presencia del nombre sagrado en el lado de afuera de la sinagoga, más allá de sus paredes de madera o de sus muros de concreto o, más claramente, de su sempiternia milenaria. El tío Méndele tanto se pasaba los días, desde el amanecer hasta el anochecer, hurgando sabiduría en los libros junto a los viejos asiduos al templo - memoraba la abuela muerta- como se largaba al bosque a refocilarse contemplando el sello de dios en las maravillas de la naturaleza, o caminaba hasta el río para meditar, con los pies metidos en el agua -si era verano- o se sentaba en la casa, junto al horno, para intimar con las manos de su madre cuando preparaba las repetidas mescolanzas de papa y cebolla, inventándoles distintas envolturas.

Se embobaba mirando cómo su *mámele* hacía los *knishes*. Amasaba una pasta de harina y agua, bastante grasosa de aceite o mantequilla; la estiraba, la estiraba hasta que se hacía transparente y casi se rompía, la levantaba extendiendo los brazos hacia arriba, invocando a alguno de los ángeles que dormitaban repantigados en las vigas del techo, para que la ayudara a sostenerla y no se pegoteara. La acomodaba después otra vez sobre la mesa para volver a doblarla y volver a estirla, tal como cien años después lo seguiría haciendo Yeña sobre la mesa redonda de la antecocina, en el caserón de Avellaneda donde ella y su Moishe se establecieron durante medio siglo. En las vísperas de mis fiestas de cumpleaños yo me apoyaba sobre esa mesa redonda para mirar extasiada la transparencia del hojaldre que le colgaba de las manos,

segura de que, por mi parte, jamás sería capaz de meterme en semejante brete, propio solo de mamás heroicas, ni aunque me guiñaran un ojo cómplice los ángeles que anidaran en el techo.

Las hermanas del tío Méndele, mientras tanto, habían lavado las papas y las ponían a hervir en el caldero. Cuando estaban cocidas las pelaban y las aplastaban para mezclarlas con la cebolla picada y rehogada. El tío Méndele entornaba los párpados, aspiraba el aroma intenso de la cebolla frita, antes de que se pasara de los tonos apenas dorados, y en cada suspiro lo empujaba dentro de sus cromosomas, sintiendo cómo se chocaban en sus genes los deleites heredados, con los toques del *shtetl* que agregaban las mujeres de su casa y que persistirían de una generación a otra.

Cuando la masa estaba lista, descansada y suficientemente flexible, *mámele* Lifschitz disponía el puré encebollado a lo largo y lo iba enrollando para formar largos tubos que cortaba en segmentos iguales, presionando con el canto de la mano, a veces la derecha, a veces la izquierda. El tío Méndele habría preguntado alguna vez *mámele, ¿no será más fácil con un cuchillo?* Hasta que habrá notado cómo con ese toque calculado, fuerte, amoroso y tierno, al mismo tiempo que seccionaba el tubo, unía los bordes. Así quedaban pegados para evitar que la papa se escapara del encierro de hojaldre. Después hundía el pulgar en cada trozo y, ordenaditos y promisorios sobre una lata, entraban al horno para, al rato, llenar la casa del olor casero de la masa cuando empieza a amarillear. Así se alegraba la tarde del viernes, en la feliz congruencia del Shabat con la cebolla frita.

Otras veces la *mámele* preparaba una masa más gruesa para hacer *varénikes*, que no requería de tanta delicadeza para manipularla. Una vez bien estirada en un floreo de bíceps, marcaba redondeles con un vaso del revés. En cada redondel ponía una cucharada del mismo puré encebollado,

al que ahora le había agregado un huevo para hacerlo un poco más firme, aunque más de una vecina le decía que eso del huevo estaba de más, que dónde se había visto. El tío Méndele entrecerraba sin querer la mano tratando de imitar la agilidad de los dedos regordetes de su *mámele* para cerrar cada uno de los *varénikes* panzudos con un repulgue perfecto y echarlos al caldero cuando el agua se largaba a hervir. Pescaba tres para cada plato cuando estaban cocidos y los salseaba con otras cebollitas fritas en aceite o en la grasa de algún ganso descogotado por una festividad importante, a las que se les permitía pasar un tantito del dorado al marrón, para que tuvieran el saborcillo más intenso. En ocasiones, en vez de la cebolla, cada uno asía el jarro de la crema tibia que ya estaba sobre la mesa y la derramaba por encima mientras se relamía imaginando el contraste de la tibieza de la papa con la densidad de la crema. Siempre la misma papa, la misma cebolla, la misma grasa revoltijada de mil maneras para que no faltara el regocijo en la pobreza.

En otras diletancias de su fe, encarnadas en otros sentidos del cuerpo, el tío Méndele buscaba la ayuda del violín de su sobrino Avram Gúrvich, hijo de alguna de sus hermanas. Juntos le ponían música a pasajes del Deuteronomio para cantarlos con los chicos, y también con los adultos, por qué no, en la propia sinagoga, en las fiestas, en cualquier momento en que se diera la ocasión... Y qué tal si, de vez en cuando, liberaban el cuerpo para bailar la alegría de estar vivos o aprovechaban para darse un buen atracón, cuando había con qué, o contentaban el corazón con bebidas bienolientes, siempre confiados en la gracia del Señor.

En Chechersk no dejaban de mirarlo con un algo de sonrisa mezclada con la comprensión que merecería una discreta insania, no exentas del respeto a su condición de sabio estudioso y justo. *Está un poco mishigue*, medio chiflado, comentaban los hombres en voz baja cuando

salían de la sinagoga. *Si apenas come*, el pobrecito, *oy vey'z mir(2)*, regurgitaban las comadres calculando si le cuadraría a alguna de las hijas que esperaban turno para casarse.

Al menos era inofensivo, el tío Méndele. Otra cosa era la barra de muchachotes del pueblo que solía agarrarse a las trompadas con los jovencetes medianamente linajudos del palacio de los Chernishov, los señores condes dueños de las tierras donde se asentaba Chechersk. Los jovencetes llegaban en el verano desde Moscú o de San Petersburgo, vaya a saber, a visitar a sus parientes y entonces se armaban tremendas grescas. Pero cuando el tío Méndele salía de la sinagoga, las dos pandillas bajaban los ojos, silbaban bajito para desconsiderar, con una cierta vergüenza inconsciente, su violencia arbitraria y se limitaban a andar cada una por su vereda, sin atreverse a desmandar una pelotera que infamara el camino del sabio *tzadik*. Se chuceaban de lejos, sin meter un pie en el barro para cruzar la calle que los separaba, expeliendo sus sentires en chispas brillosas que les saltaban de los ojos, tusándose las barbas los que las tenían y acariciándose la mejilla los que no.

El más peleador de todos, del lado de la calle que ocupaban los del palacio, era Mijail Mijáilovich. Grandote, pesado, brutote y borrachín, con alguna posible perturbación en las entendederas, decir que ocupaba un lugar en el palacio era relativo, porque se pasaba las horas del día en la taberna o durmiendo sus mamúas en el propio lugar donde se le resbalara el último escalón de conciencia, regurgitando las miasmas de la borrachera sobre los pelos enroscados de la barba. En las horas que flotaban entre su beber desmadrado y su desplome pesado donde fuera, hacía su show propio. Caminaba furioso, embutido en su abrigo de piel, espantando judíos y campesinos, quizá sabedor del pánico que provocaba su fuerza extraordinaria, o quizá no. Se metía en las tiendas, rompía y devastaba, se

colgaba de los techos de las casas para destrozar las molduras y zapateaba en las ventanas.

En la vereda de enfrente, Guershon Lifschitz mandoneaba a la muchachada judía. Guershon venía de una rama de los Lifschitz que emparentaba lejanamente con el tío Méndele y con uno de los dos apellidos Lifschitz de la abuela muerta, no queda claro con cuál. También era tosco, borracho y malentretenido, pero cuando había rosca entre las dos bandas, comandaba desde atrás, porque sus músculos flacuchos no le daban más que para ser dirigente desde la retaguardia. Era un cerebro implantado en un cuerpo enclenque con tremenda habilidad para dirimir estrategias cuando se olía una bronca. Claro que, si se daba el caso de que la bronca fuera justo a la hora en que Méndele caminaba de la sinagoga a su casa, su presencia de hebreo místico y su mirada que no se sabía qué misterios veía, imponía distensión de vereda a vereda. Desde los dos lados de la calle el paso del *tzadik* provocaba cierto reconcomio, entre reverencioso y desconfiado.

Mi hermana y yo, que espiábamos las largas audiencias de Yeña con la abuela muerta, criadas como habíamos sido entre la razón dialéctica y las ciencias experimentales, no terminábamos de entender exactamente cómo era o qué era un *tzadik*. Tuvimos que esperar, asomadas a la puerta, que Yeña lo comentara con su abuela y después nos explicara. Decía mamá que decía su abuela que un *tzadik* es un hombre que se ha dedicado de tal manera al estudio profundo de los textos bíblicos que se ha llenado de la sabiduría más sutil, aguda y erudita y se ha estructurado en una moral tan íntegra, tan sin fisuras, que no sería extraño que su dios lo haya elegido –en la más absoluta reserva de sus designios clandestinos– como uno de los treinta y seis hombres justos gracias a los cuales permite que el mundo siga existiendo. Pero su condición es secreta, tal vez hasta para él.

Para la abuela muerta no tenía nada de insólito que un señor sabiondo y barbudo como el tío Méndele viviera su sabiduría de manera reservada, sin declararla abiertamente, manteniendo un perfil bajo. No solo conocen la esencia última de todos los textos –aseguraba la abuela muerta– sino que son avispados consejeros del prójimo. Un día se deciden a poner en evidencia su condición única y a dejar que tanta erudición les fluya hacia afuera, por la boca o en escritos o por donde fuera porque si no, ya no les cabría en el cuerpo, se les empacharía el cerebro y se les reventarían las entendederas, también suponía la abuela muerta.

Por eso también, los muchachos se apartaban para dejarlo pasar cuando lo veían venir, camino de la sinagoga o de la taberna, no fuera que por alguna piña fuera de control, el dios de los judíos perdiera inesperadamente a uno de los treinta y seis justos y lleno de rabia acabara con ellos y con toda la familia humana de Chechersk, cuanto menos.

Un buen día, de la manera más impensada, el tío Méndele vino a enterarse de que el mismo profeta Elías estaba chocho con sus excentricidades, sus bailoteos musicados y sus diletancias en el bosque. No está muy claro cómo fue porque, entre la destrucción que provocaron las guerras y la emigración, los detalles se fueron perdiendo, pero parece que el propio profeta, declinando el uso de su carro de fuego, que habría resultado espantoso en una comarca tan humilde, se presentó colgado de la rama de un pino para interrumpir la siesta que Méndele se echaba en sus escapadas de verano. *Allá arriba todos estamos muy complacidos contigo,* le comentó. *El Señor tu Dios, en su constante pensar, no se regocija solo con el conocimiento que su pueblo tenga de los textos revelados ni con su temor reverencial. Le basta con la fe simple, con la candidez ramplona y crédula de los que se conforman con lo poco que tienen y de todas formas confían en su sagrado*

nombre... terminó de decir, con una sonrisa que el tío Méndele, con todo respeto, no supo si encontrarle un tinte socarrón.

-Mmhmm, mhm, una vida de tantas carencias -le respondía Méndele- e igual seguimos en la senda de los mandamientos... ramplones y crédulos... Es que a la gente no le alcanza, tienen que trabajar; hasta a los niños se les pide que colaboren para mantener la casa; no tienen tiempo ni energías para todas las lecturas, los estudios, las exégesis, las reflexiones, las oraciones, las devociones, no estamos todos en condiciones de cumplir. Si no le ponemos un poco de alegría, sí que estamos fritos.

Elías el profeta agarró entonces al tío Méndele por los hombros y se lo llevó a militar su judaísmo de la simpleza por la vieja Polonia y quién dice Polonia, dice Lituania y Bielorrusia y toda aquella zona de asentamiento asignada a los judíos, en el imperio ruso.

A todo esto el casamentero de Chechersk, que estaba, como siempre, en la búsqueda de juntar a un buen marido con una buena esposa, no había dejado de ocuparse de lo suyo. Una tarde que el tío Méndele salía de la sinagoga se le hizo el encontradizo para presentarle su propuesta de una esposa que, perdido por perdido, estaba muy decidida a casarse con él.

-¿Quién? - se interesó el tío Méndele.

-Rasha.

-¿Rasha? ¿Cuál Rasha?

-Rasha... La hija del viejo Léibebe.

-¿La hija de Léibebe? ¿Cuál Léibebe?

-Leíbebe, el marido de Golde.

-¿Léibebe de Golde?

-Claro.

-Hm... ¿La hija de Léibebe no se llama Sara?

-Sara es la mayor, pero yo te hablo de Rasha.

-Pero si Sara todavía no se casó...

-Bueno... de Sara no se habló nada... Yo te hablo de Rasha.

A los papás de Méndele les pareció una oferta óptima. Que fuera Rasha o que fuera Sara.

La futura tía Lifschitz, decían los que la conocieron, tenía algo de bonita, nadie recuerda cuánto, ni si era cierto que no pasaba por demasiado dulce ni expansiva, pero tenía sus arranques amorosos y estaba dispuesta a tomar las riendas de la vida de cualquier marido que se le pusiese a tiro. Y el tío Méndele no tenía por qué no casarse así que se hicieron los arreglos, los acomodaron bajo el techito de la *jipe*, en la sinagoga, y se comió y se bebió, se cantó y se bailó para celebrar, al ritmo del violín de su sobrino Avram Gúrvich.

Como buen hombre Lifschitz, el tío Méndele era un inútil para las cuestiones prácticas de la supervivencia. Ya fuera para negociar o para cultivar la tierra en los periodos en que los zares dieron licencia a los judíos para hacerlo, no ponía ni cabeza ni voluntad. La que ya puedo llamar tía Rasha -en realidad la abuela muerta se confundía un poco y no estaba segura de con cuál de las dos se había casado finalmente, si con Rasha o con Sara- era una mujer de carácter, huesuda y pechugona, segura de sí y dispuesta al trabajo. Instaló una tiendita y sentó al tío Méndele para que la ayudara en el mostrador cuando ella tenía que atender la casa y ocuparse de los hijos que vinieron a continuar la feliz combinación de bríos y melancolía de esa rama de la familia Lifschitz; porque ya se dijo que había muchos Lifschitz en Chechersk y era complicado saber a qué Lifschitz correspondía cada Lifschitz, entre los hilos enredados de parentesco y no parentesco que la abuela muerta insistía en explicar.

El asunto es que el tío Méndele, además de ser un posible *tzadik* justo y sabio, había elegido ser un seguidor de las enseñanzas del famoso Isruel, hijo de Eliezer, al que los judíos llaman el *Shem Tov*, el del Divino Nombre, un sabio legendario y milagroso que supo entender, a su modo, las miserias y necesidades de la judería más pobre y zafia del

imperio ruso y fundó una nueva manera de pensar, de sentir y de vivir.

-Una manera de alegrarse de no tener de qué alegrarse -decía Yeña.

Así que Méndele se convirtió, como él, en un hombre que predicaba la alegría y la fe ingenua sin tanto estudio sesudo; digamos que era un militante del regocijo y de la tolerancia para con la indolencia de su dios, lo que en aquellos días y en esos lugares de la zona de reclusión de los judíos se dio en llamar un *jasid*, un piadoso.

Interpretaba su decisión de ser un *jasid* según su particular manera, como que, por ejemplo, no recibía dinero de aquellos que fueran tan pobres que debieran privarse de algo para pagarle porque *quien maltrata al pobre ofende al dios de Israel*, había advertido el profeta Isaías ya hacía miles de años. Regalaba vino y también vodka a los que presentaban un cuadro de depresión, retenía a los pequeños que venían a hacer un mandado para que cantaran algunas de las canciones que él y su sobrino Avram Gúrvich habían improvisado para amenizar las pesadas jornadas de las clases en el *jeder* y hasta salía con ellos a la calle para bailar sobre la nieve o bajo la lluvia, porque Dios no estaba solo en el alma, insistía él, sino también en el cuerpo. Amar al prójimo, ayudar a cualquiera de los que vivían en Chechersk que lo necesitara -fuera o no fuera asiduo a la sinagoga- y alimentar la alegría era su manera de servir al dios de los judíos, porque *la pesadumbre y la tristeza son propias de los espíritus enclenques* -le comentaba Elías mientras ambos se salpicaban chapoteando los pies desnudos en los charcos que dejaban las lluvias de la primavera- *en cambio el gozo de todas las sensaciones engrandece el alma*.

Cuando el profeta lo necesitaba para levantar los ánimos en otras rancherías de Moguilev o de Gómel o de Vitebsk, lo pasaba a buscar, le hacía un guiño desde la puerta del negocio y el tío Méndele se dejaba trasladar por una brisa

que lo depositaba a muchas *verstas* de distancia en un segundo cósmico. Entonces terciaba su caftán raído, se acomodaba los *peies* de pelo enrulado que le caían a los costados de la cara y entraba a la sinagoga a explicar que estaba bueno el estudio profundo del Talmud y apropiarse de los secretos de la Cábala, pero que había muchas otras maneras de ser un buen judío, que las chispas divinas estaban esparcidas en todas las cosas como pedacitos de dios, que las gentes simples tenían derecho a hacerse oír y a ser queridos en las Alturas aunque no tuvieran tiempo ni plata para llegar a las escuelas superiores a estudiar los textos y que no tanto escarbar los tiempos de la llegada del mesías como buscar la redención en los actos comunes que brotaban del corazón, en la oración sincera y gozosa, en la fe en sí propios, en un oficio que todo judío debía tener y en la parte de lo suyo que los más ricos o más sabios debían compartir con los que no lo eran. Antes o después de la sinagoga se sentaba en la taberna y buscaba cualquier pretexto para relatar historias del Talmud o alguna anécdota jocosamente jasídica de Isruel, el hijo de Eliezer. Colgado de esa revolución del judaísmo que fue el jasidismo, el tío Méndele había decidido, si no acabar con la pobreza, por lo menos endulzarla un poco. Y así se fue extendiendo su fama de justo y sabio, mientras la tía Rasha recorría todos los rincones de Chechersk preguntando si alguien sabía dónde diablos se habría metido su marido que no estaba detrás del mostrador como debía.

-¿Nu? -lo encaraba cuando, inexplicablemente, al volver al boliche, lo encontraba sentadito donde un minuto antes no había nadie, o inspeccionando las estanterías del negocio, con aire de yo no fui- te estaba buscando, ¿dónde andabas?

-Por ahí ...

No faltará quien ponga en duda la veracidad de lo que cuento, pero si está demostrado que así era la vida de su

maestro Isruel, el Shem Tov, no veo por qué descreer de lo que la abuela muerta contaba del tío Méndele.

Sé que no soy la única que recibió esta historia, mezclada con los suspiros y los silencios con que Yeña y su abuela muerta relajaban los comentarios de sus recuerdos y sus suspicaces desavenencias. A otros descendientes de Méndele, en otros parajes del mundo, les habrá llegado seguramente desde otras fuentes, con otra valoración de los hechos y la habrán relatado o la relatarán según su entendimiento, de acuerdo con terceras versiones y con otros condimentos. Y quién me asegura que Yeña, en el galimatías de sus neuronas chanfleadas, no confundiera retazos de leyendas familiares con las tantas lecturas en idiomas del Este y del Oeste de Europa que acumuló en su larga vida, tan azarosa.

Pero sucedió que un día, la tía Rasha, siguiendo los retumbos de un cuento que había oído de refilón y que interpretó con cierta simpleza, decidió algunas medidas para mejorar la rentabilidad de su tienda. Se trataba de tomar en cuenta un relato atribuido al *rebe* Zalminia, un sabio jasídico de Liozna. En realidad su verdadero nombre era Zalman, pero parece que a sus amigos y discípulos les sonaba demasiado rígido o un tantito vulgar, nombrar así, con su nombre a secas, a un sabio querido y prestigioso. Así que en esos arranques cariñosos y creativos a los que apelan los rusos y los judíos de Europa Oriental para imprimir la particular índole de su ternura, le agregaron letras con sonidos que lo dulcificaban. Zalminia.

La historia que la tía Rasha había escuchado era sobre un maestro pobretón pero honradísimo como pocos, que vivía en las afueras de Liozna y caminaba todos los días a la ciudad para enseñar la Torá a unos niños pobres de familias pobres a cambio de unas pobres monedas, al tiempo que aprovechaba el viaje para vender los pasteles que

preparaba su mujer y aumentar así los pobres ingresos de su vida de pobre.

Un día llegó un forastero a casa del maestro a pedir posada. Pasados algunos días, dio las gracias por la hospitalidad y se fue para seguir su camino. Por razones que para la tía Rasha y el tío Méndele, como para cualquier judío de Chechersk, habrían sido muy lógicas y creíbles, el tal huésped ocasional se olvidó un montón de monedas de oro en la casa, debajo del colchón donde había dormido. Pasaron las semanas y los meses y viendo que el misterioso viajero no regresaba, el maestro se fue caminando a Liozna a preguntarle al sabio *rebe* Zalminia qué hacía con todas esas monedas que su dueño no volvía para reclamar.

Nadie volverá -le auguró Zalminia, que evidentemente dominaba, con mucha seguridad, secretos incógnitos para el maestro- *tómalas como un regalo de Dios, pero no las derroches. Calladito calladito te alquilas una casa con un localcito en la ciudad, con las moneditas le compras mercadería al mayorista de Liozna, y comerciando ya veremos cómo la vas llevando.*

Cada año, cuando el antes maestro y ahora comerciante acudía a Zalminia para agradecerle la mejor fortuna que le habían traído los negocios con las monedas de oro y también para escuchar nuevos consejos, el *rebe* le doblaba la apuesta. *¿Por que no vas directamente a Vitebsk a elegir tu mercadería en lugar de comprarla al distribuidor? Así te ahorrarías su comisión y aumentarías tus ganancias. ¿Y este año por qué no vas a Moscú y abasteces también a los proveedores de Vitebsk y de Liozna? ¿Y no sería estupendo que te animaras a traer tus mercancías directamente de Königsberg?*

Ya se había convertido en un mayorista próspero cuando finalmente afinó la puntería y se largó nomás a Königsberg para comprar todo lo que vendería en Moscú, en Vitebsk y en Liozna y también aprovecharía para ir al teatro, tal como

le había recomendado, en alguna oportunidad, el viejo *rebe* Zalminia... al menos para ser cumplidor y no desilusionarlo.

Una vez que hubo acabado sus trajines comerciales en la ciudad, se sentó en un palco distinguido, quizá demasiado para su cultura pueblerina, tan así que se quedó dormido, hasta que lo despertó el hombre de la limpieza, con mucha discreción y finura. Atolondrado por el papelón, el comerciante próspero se disculpó, que venía de lejos, que tanto viaje y tan solo, *que de dónde viene usted, que de Liozna, que ahhh, de Liozna, qué interesante y en Liozna ¿conoce usted a Zalminia?* claro, como que por su consejo estoy aquí, *que salúdelo muy especialmente de mi parte* que cómo no. Y regresó el antes maestro y ahora comerciante próspero con una fina cigarrera de regalo para su *rebe*.

El *rebe* Zalminia agradeció el regalo y parece que se alegró tanto de que aquel buen limpiador del teatro lo recordara que, al año siguiente, cuando el antes maestro ahora hombre de negocios viajó nuevamente a Königsberg, le pidió que le llevara un paquetito de su parte y se lo pidiera de vuelta antes de iniciar el regreso. No le había parecido muy fino al mandadero ahora comerciante próspero eso de llevar un paquete y pedirlo de vuelta ni tampoco había entendido bien si debía repetir el bochorno de quedarse frito en el teatro para volver a encontrar al destinatario del envío, pero, de todas maneras, no tuvo que hacer ningún esfuerzo para lograrlo. Al terminar el espectáculo el hombre de la limpieza tuvo a bien sacudirlo suavemente hasta que abrió los ojos y cumplió el encargo. El paquetito en cuestión contenía muchas cuartillas, escritas de manera prolija y ordenada, que el empleado de la limpieza hojeó ensimismado mientras murmuraba frases del tipo *inspiración divina, está todo dicho, ni el mismo mesías, cuando se decida a venir, podrá agregar algo que valga la pena*. Dos días después le fue devuelto el paquete al ahora

comerciante próspero de manera que pudo volver contento de haber cumplido con su *rebe*.

Zalminia se sacudió en un pasmo de emoción cuando abrió el paquete de las cuartillas que le venía de vuelta y leyó los comentarios que el barredor del teatro le había agregado en Königsberg. Fue entonces que le confesó al ahora comerciante próspero que tras la escoba del tal hombre de la limpieza se escondía un *tzadik* que disimulaba la grandeza de su saber en la pobreza y la simplicidad de su vida.

-¿Otro *tzadik* como el tío Méndele? -se quejó Yeña- Ya me estás estufando con tantos *tzadikes*.

-*Tzadikim, Yeña, tzadikim*. En plural se dice *tzadikim*. ¿Tu papá no te enseñó nada de hebreo? Qué padre inútil - le chantó la abuela muerta, levitando de rabia retrospectiva, medio metro por arriba del sillón de flores, mientras tironeaba el nudo de uno de los pañuelos que cubría su cabeza de judía bielorrusa para aplastar los pelos ralos que se le habían erizado.

-Bueno, a ver si terminás con los *tzadikimes*.

-*Tzadikim, Yeña, tzadikim*.

Resulta que el *rebe* Zalminia había estado reflexionando algunas ideas, escribiendo quién sabe qué novedosos pensamientos parecidos a los que predicaba el tío Méndele y necesitaba que este hombre ilustrado, modestamente único, que se ganaba la vida escobillando el teatro de Königsberg y de quien no ha trascendido nunca el nombre, leyera su trabajo y le diera su aprobación.

Y así se las traían, suspiraba Yeña, al tiempo que se esforzaba por deglutir los afanes del pensamiento mágico de su abuela. Tales tejes y manejes -nos decía en voz baja, como si se lo dijera a sí misma- planificados con inesperados enmarañes era lo que usaban los *jasidim* para lograr sus objetivos a largo plazo. Desde las monedas de oro olvidadas que encontró el maestro pobre devenido en comerciante, hasta su siesta desubicada en el teatro de